

FAMA DE MONJAMOR

Era una chica nacida para no molestar a nadie, mosquita muerta que revoloteaba entre mieles y mierdas sin apreciar diferencias. Niña de papá castrado y ausente, de mamá castradora y exigente, esta inmaculada de carnes prietas era fea como súcubo cubista: frente de helipuerto, nariz con gancho en pendiente, boca torcida de dientes salientes, sarpullido por toda la faz y orejas que ni el pelo podía tapar.

La adolescencia la volvió aún más espantosa aunque por dentro era mariquita delicada y hermosa. Intentaba pasar inadvertida anulando sus humanidades, camuflando su identidad *haciendo lo que otros hacen y viendo lo que otros ven*. Pero desapercibida no pasaba y siempre alguno la señalaba: “Mirad qué cosa horrorosa. Hasta los bajos de mi coche son más hermosos”.

Así denostada, decidió ordenarse y del mundo separarse. A las monjas recurrió y entre ellas cuajó, aunque la cofia le molestaba y al hábito no se habituó. Sin embargo, en el silencio del claustro solía recogerse pues *lograba así una zona de seguridad, una tregua donde pensar* sin hacerse notar.

La vida monacal transcurría sin sobresaltos hasta que una noche de calentura el demonio la asaltó. A su cama se encaramó y a cuatro patas la poseyó. De besos ardientes la cubrió y hasta el cordón umbilical la penetró. *No se dijeron nada, pero temblaban como de felicidad y sin mirarse*. Ella se sintió cambiada: el sexo con un ángel caído ya no la haría caer en el olvido. El diabólico juntamiento milagrosas consecuencias acarreó y la horrorosa sor en hermosa cortesana se transformó. En la ventana del alba se reflejó y no se reconoció. Su cara era divina: ojos de almendra tostada, pestañas de cierva alfa, piel de cordero nonato, boca de rosa escarchada, dientes de leche merengada, pómulos de manzana reineta y nariz perfecta. De su cuerpo ya ni hablar, pues era para el pecado y no para rezar. El diablo una misión le dejó: tratar a los hombres como ellos la habían tratado.

Así pasó de adefesio a harpía en un solo día. Monja era en maitines y en vísperas, putón que se escabullía. La primera noche en un callejón un repipi la piropeó: “Mueran las feas”. Así despertó a la fiera. De un mordisco la cabeza le arrancó pues era elfa por fuera aunque monstruosa quimera. La cabeza del infeliz se llevó y en su celda la guardó. Otra noche dos lerdos, sucios como cerdos, intentaron propasarse y *¡par de estúpidos!* sus testeras perdieron de un latigazo de su cola de diablesa. Y así cada noche, desde su demoniaca transfiguración, vestía de rojo despertando antojos en ojos babosos. Cazaba en calles tardías, en antros aceitosos y farmacias de guardia. Volvía al convento extenuada con sus trofeos a la grupa, entrada la madrugada. Se despojaba y lavaba y con los cilicios se atormentaba pues algo de remordimiento la aquejaba.

El miedo se extendió y como pollos sin cabeza la población masculina cacareaba, pues por esos crímenes las fuerzas del orden la buscaban. Siguieron bien su pista y dieron con el paradero de la artista. Un rastro de

sangre coagulada hasta el convento llevaba. A la puerta llamaron y por una hermosa hermana preguntaron. Las novicias, sin dudarlo, a su celda apuntaron. La policía hacia allí corrió, pero al abrir la puerta un humo negro los cegó y un fuerte olor a azufre los disuadió. Esperaron a que despejara y cuando entraron la pájara había volado. En el camastro los hábitos dejó y sus malos hábitos con ella se llevó. En su armario, bien ordenadas, las cabezas de los pardillos encontraron: peinados con laca y cardados, maquillados e hidratados, lucían incorruptos e inmaculados.

Ríos de tinta sobre el caso corrieron, *Monjamor* la prensa la bautizó y la psicosis colectiva en fervor feminista derivó. El convento en centro de peregrinaciones se transformó, su orden de rojo se vistió y a legiones de perturbadas como acólitas acogió. Con el tiempo la orden en el desorden cayó y la maleza se la tragó. Pero la fama de Monjamor perduró. Aún hoy cuando algún desgraciado pierde la cabeza, la gente cree que Monjamor lo visitó. Ella, que fue monstruosa y luego hermosa, reputación de espantosa se ganó aunque su corazón nadie comprendió. Sólo el diablo la contempló y a él, sólo a él, para siempre amó.